Emilio Sola

Acción, meditaciones y muerte de Juan Bravo

3ª parte: Muerte

Madrid, 1978, Luis Manuel Rodríguez editor (La Banda de Moebius)

emilio.sola@cedcs.eu

Colección: Bibliografía, Paraíso de las islas
Fecha de Publicación: 04/01/2023
Número de páginas: 8
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com

Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.
El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola**.**

www.cedcs.eu
info@cedcs.eu

Emilio Sola: Acción, meditaciones y muerte de Juan Bravo

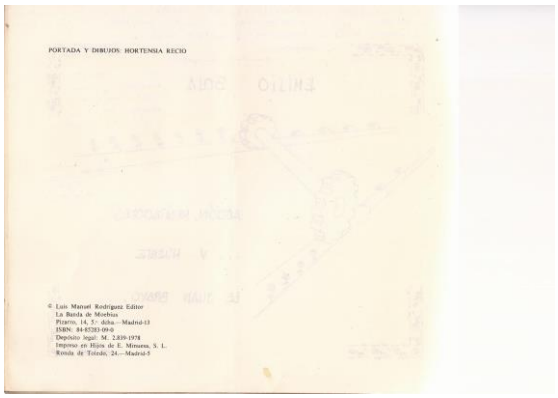
Madrid, 1978, Luis Manuel Rodríguez editor (La Banda de Moebius)

Este fue el título inaugural de la serie narrativa del Paraíso de las islas, un mero esbozo muy simplificado, algo naif e inseguro todavía, pero en donde está el germen de toda la saga novelística centrado en la figura de Juan Bravo, luego JB y Boris Juan Bravo Gudunov en sucesivos desarrollos de la historia.

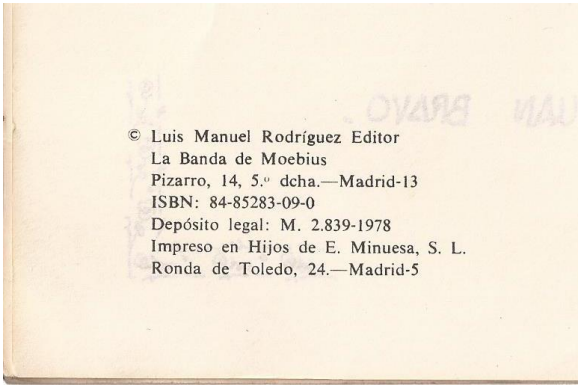
Escrito en Argelia, significó una primera formulación del "otro mundo es posible", que se diría más tarde, un deseo liminar y de juventud, y no es extraño que luego, años después, en el 11M madrileño el autor lo recompusiera, pensado como posible guion de un comic o novela gráfica, una especie de reedición que recogeremos a continuación de esta edición original para la plataforma del Archivo de la frontera.

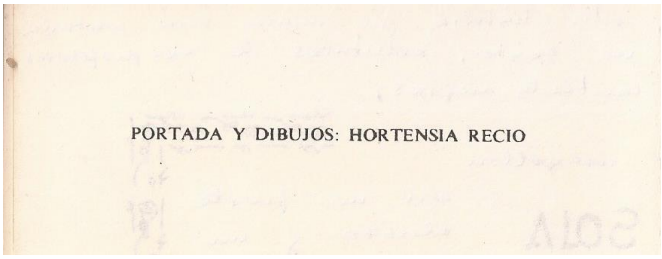
2ª parte: Meditaciones…

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6


PORTADA Y DIBUJOS: HORTENSIA RECIO

© Luis Manuel Rodríguez Editor
La Banda de Moebius
Pizarro, 14, 5.º dcha.—Madrid-13
ISBN: 84-85283-09-0
Depósito legal: M. 2.839-1978
Impreso en Hijos de E. Minuesa, S. L.
Ronda de Toledo, 24.—Madrid-5


© Luis Manuel Rodríguez Editor
La Banda de Moebius
Pizarro, 14, 5.º dcha.—Madrid-13
ISBN: 84-85283-09-0
Depósito legal: M. 2.839-1978
Impreso en Hijos de E. Minuesa, S. L.
Ronda de Toledo, 24.—Madrid-5


PORTADA Y DIBUJOS: HORTENSIA RECIO

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

III. ...Y MUERTE.

Juan Bravo estaba sentado a su mesa de trabajo; acodado en los brazos del sillón, apoyaba el mentón en sus manos entrelazadas. Rómulo Castro paseaba en silencio, nervioso. Sonó el teléfono; Juan Bravo no se inmutó.

– Dígame, Fred.

El silencio de Rómulo Castro mientras escuchaba al Mariscal duró quince largos segundos.

–Gracias, Fred. –Y colgó el auricular.

Rómulo se dirigió al Presidente, que seguía impasible.

– La Federación Oeste ha declarado la guerra a la Unión Roja...

Hizo una pausa.

– Japón se declara neutral y solidario con nosotros...

Hizo otra pausa.

– La Junta de Control de Armas Nucleares pone su veto a la utilización de los depósitos que tiene bajo control.

Juan Bravo respiró profundamente.

– Hijos de puta... Que Dios se apiade de todos.

* * *

El informe era conciso.

"Fue algo espantoso. Las dos primeras semanas los depósitos controlados por la Junta

de Control de Armas Nucleares fueron respetados por ambas partes; la tensión y los rumores, sin embargo, hicieron que sucediera lo que era previsible; las guarniciones de la Federación Oeste y de la Unión Roja recibieron órdenes de hacerse cargo de los depósitos, a pesar de la airada protesta del Presidente de la Junta de Control de Armas Nucleares.

La comunicación con los depósitos del Pacífico fue muy difícil; vistos los resultados, los hombres de la Federación debieron someter a las fuerzas de control. Se desconoce si hay algún superviviente en las islas donde estaban las bases, pues después de accionados los mandos que destruyeron (con diferente grado de efectividad puesto que las zonas más estratégicas estaban defendidas automáticamente), las zonas de los valles del Yangtsekiang y Hwang-ho, llegando a alcanzar a Harbin por el N.E. y a Turfan por el N.W., se sabe que aviones de la Unión bombardearon con intensidad "especial" las islas que habían almacenado los ingenios destructores.

Las bases árticas de la Federación consiguieron autodestruirse en sus dos tercios; se cree que la isla de Banks ha desaparecido parcialmente y las islas Parry totalmente. Las instalaciones de Devon, sin embargo, fueron accionadas, y el cuadrilátero cuyos vértices eran Odessa, Leningrado, Golchikha y Omsk, sometido a intensa destrucción, salvo en las zonas que, por más estratégicas, tenían más defensa automática. Por el momento no hay datos concretos sobre el particular.

Los depósitos de la Unión de las islas de Nueva Siberia, fueron ocupados por los hom-

bres de la Unión y accionados; prácticamente toda Alaska, la mitad occidental de Canadá y los estados de Wisconsin y Alabama, hasta California, fueron sometidos a intensa destrucción, salvo las zonas defendidas automáticamente. Los depósitos de Chelyvskin y Novaya Zemiya fueron autodestruidos; se cree que ambas islas han desaparecido casi por completo.

Finalmente, las instalaciones de Tartaria, destinadas a Europa, han sido destruidas; no se sabe aún si su destrucción fue motivada por la acción de los propios vigilantes de la Junta de Control de Armas Nucleares o por la intensidad de lluvia procedente de los depósitos de Devon, los cuales muy bien podían haber desbordado la defensa automática.

Es algo espantoso. Las pérdidas en las zonas sometidas a intensa lluvia no pueden calcularse ahora ni quizá nunca puedan ser evaluadas. Los muertos deben sobrepasar los cien millones, a pesar de que las zonas más alejadas de los núcleos urbanos importantes y de los centros militares claves no fueron dañadas.

Como alguien dijo al referirse a Estalingrado en la II Guerra Mundial, la historia de estos días de mayo no puede ser narrada o escrita, sólo puede ser rezada.

Firmado, Mariscal Alfredo Makumbi Mancini, Presidente de la Junta de Control de Armas Nucleares".

* * *

La batalla aérea del golfo de Tonkin fue,

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

sin duda, y con mucho, el hecho de guerra que más impresionó a la opinión mundial. Los pilotos formados en los cursos especiales organizados por la Gran Confederación durante semanas en los noticiarios cinematográficos de todos los países, admirados hasta el punto de muchos de ellos convertirse en personajes tan populares como un buen cantante, un buen actor o un político de primer orden por lo espectacular de sus logros y la belleza de sus ejercicios de vuelo, tuvieron que enfrentarse en aquella batalla. Al ser respetadas las alianzas de los países integrantes de la Gran Confederación, estos pilotos fueron enrolados según su nacionalidad en ejércitos diferentes. Los "educadores" plantearon la cuestión antes del combate; se les dijo que en caso de guerra la no participación en el combate sin órdenes superiores se castigaría con la muerte. Se decidió que uno de cada cuatro pilotos, antes de iniciarse la batalla y como acto simbólico, se negaría a luchar contra sus compañeros; así se hizo en los dos bandos enfrentados; todos fueron fusilados antes de que sus compañeros despegaran de tierra. La batalla aérea del golfo de Tonkin, filmada en su totalidad fue espectacular y dramática; no hubo supervivientes.

"Creíamos estar formando ciudadanos y resultó que estábamos formando soldados con mayor capacidad de destrucción", comentó Juan Bravo al enterarse del desastre.

* * *

"Macapá, cero/ 51 oeste (Brasil). Juan Bra-

vo", decía escuetamente la nota que el Presidente de la Gran Confederación Centro Sur mandó que se enviase a los antiguos domicilios de los miembros del Consejo Central y que se publicase en los diarios más señalados de los países de la Confederación y de Europa. La reunión del Consejo Central sólo había sido convocada anteriormente en una ocasión, la puesta en marcha de la Operación Ulises.

* * *

Peggy entró en la sala y todo quedó posesionado por su figura impresionante de diosa negra. Los pechos se adivinaban fuertes y firmes bajo el vestido azul brillante y le daban toda la presencia que uno soñó algún día, quizá de muy joven, que tendrían las matronas romanas de la República, la madre de los Graco, por ejemplo. Pero era negra; una negra de cara iluminada, de ojos vivísimos y encendidos, de labios de movilidad nerviosa llenos de matices de gran actriz.

Peggy entró en la sala ante la sorpresa general; tras ella, confuso, el improvisado mayordomo de la casa no necesitó dar ninguna explicación. Peggy decía, mientras cruzaba la habitación hacia el Presidente y extendía sus brazos para un abrazo:

– He leído tu telegrama en la prensa y quise venir para llorar contigo.

Al enterarse del estallido de la guerra, la cantante negra canceló todos sus contratos, repartidos por las ciudades más populosas del territorio donde se desarrollara la Operación

Ulises. En su casa de Nueva York se había enterado, cinco días atrás, de que podía encontrar a Juan Bravo en Macapá. 0/51 W(Brasil).

El silencio de la sala y el gesto cansado de todos los allí reunidos reflejaban el desconcierto y el desaliento reinante a todos los niveles; en todas partes las palabras se habían convertido en algo inútil.

Peggy descubrió un viejo piano en un ángulo de la habitación y, sin dudarlo, se sentó ante él y comenzó a acompañar una canción. Decía algo así en sus palabras:

"Canta negro en tu soledad, pero no dejes que un enemigo invada tu pena. Canta negro abandonado. Te espera una tierra florida, vecina del mar, luminosa. Canta negro, potente voz, cuando hay esperanza el dolor es bello. Canta negro, canta..."

Juan Bravo sonrió al oir los últimos acordes; era la primera dulcificación de su rostro desde el día maldito de la declaración de guerra.

– Tendrás mucho trabajo durante unos años, Peggy. Yo ya estoy viejo; tú eres más fuerte que este hombre... Cuanto antes debes comenzar una nueva operación, esta vez de restauración de la esperanza.

Rómulo les indicó que podían pa sar al comedor. Nadie mostró decisión y, una vez en la mesa, nadie probó apenas alimento.

A media tarde Juan Bravo se mostró más firme aún en su decisión de firmar la renuncia a la Presidencia de la Gran Confederación, en delegar la dirección de la misma en el Consejo Central hasta que se encontrase un hombre "más realista y eficaz".

* * *

"Lucharemos hasta el final... Lucharemos en los mares y en los océanos, lucharemos cada vez con más firmeza y más fuerza en el aire, defenderemos nuestra isla, cueste lo que cueste, lucharemos en las playas, en el campo y en las calles, lucharemos en las colinas, no nos rendiremos jamás".

El jardín de rocas y arena peinada, al margen de todo bello simbolismo de vida, muerte y más allá, en el silencio de la tarde tenía toda la magnífica paz de una llanura recién sembrada de trigo.

– ¡Qué tragicas debían sonar estas palabras de Churchill! Si hubieran sido dichas por un soldado de vanguardia a no más de veinte metros del fuego enemigo...

Sonrió con tristeza.

– Heroicas, sin embargo; pero sin la magia que da la muerte que acecha precisamente tras esta esquina, no tras una que no sé o una lejana.

* * *

– Es agradable, después de tanto tiempo, oir el canto del tordo y poder pensar: estoy escuchando cantar al tordo, puedo escuchar su canto todo el tiempo que desee.

Y sonreía.

– Era un sabio nuestro Ministro de Economía, pero se equivocaba cuando me decía que a todo el mundo alcanzaban las grandes fluc-

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

tuaciones económicas; estoy convencido de que ni la más alta rama de este abeto ni la más mínima brizna de hierba de este prado han sufrido jamás el aliento contaminado de una crisis económica que acecha. No hay una única realidad.

El ex-Presidente de la Gran Confederación Centro Sur se arrodilló y se sentó sobre las plantas de los piés.

– La contemplación del árbol, del agua y del monte es la más sublime de las oraciones. El estatismo vivo, el movimiento, el estatismo muerto...

Y fijó sus ojos, que comenzaban a fatigarse tras más de medio siglo de luz, en el agua, lento movimiento que simula un río de llanura.

– No pensar, no desear y llenar el vacío interior de agua, la imagen cambiante, que no cesa, siempre igual, pura y simple como una palabra de un niño o una flor, como un suspiro de mujer o la sonrisa de un héroe muerto...

El ex-Presidente de la Gran Confederación Centro Sur recobró con sobresalto su mirada perdida en el agua.

– Silencio, silencio... Ya ha pasado todo y ha vuelto la paz. Es agradable volver a oir el canto del tordo; puedo escuchar su canto todo el tiempo que desee.

* * *

Nunca había sentido Juan Bravo tanta soledad y tan terrible sentido de culpabilidad. Había adelgazado durante los últimos días; su

rostro tenía un aire enfebrecido, como si la locura amenazara con instalarse en su cerebro.

Los dos primeros días de su estancia en el monasterio habían sido especialmente penosos; durante horas se paseaba por los jardines sin prestar atención a los detalles que antaño le extasiaran; continuamente repetía, primero pausadamente, luego casi gritadas, palabras terribles leídas en el Génesis: "La muerte de un hombre la vengaré en el hombre, en el hombre hermano suyo. Derramada será la sangre de cualquiera que derrame sangre humana".

Los bonzos que atendían las dependencias y cuidaban los jardines del monasterio estaban aterrorizados; procuraban no encontrarse en su trabajo con el nuevo y extraño huesped. Juan Bravo, por su parte, no se percataba de su presencia durante los largos paseos.

Rómulo parecía un centenario; sus ojos estaban hundidos y profundos surcos cruzaban su rostro en todas direcciones.

Al finalizar la primera semana el estado mental del ex-Presidente había mejorado sensiblemente. La antigua lucidez volvió a presidir todos sus juicios y su inteligencia comenzó a verse libre de las presiones de su herida sensibilidad.

– Es necesario que se convenza el mundo de que cualquier guerra es una guerra civil, repetía con frecuencia.

Rómulo recobraba también poco a poco su aspecto poderoso paralelamente a la recuperación espiritual y física de su jefe y amigo.

Durante la segunda semana se les vio sonreir.

* * *

Hidehito se reunió con sus dos invitados al final de la tercera semana. Las arrugas que la muy prodigada sonrisa había marcado en su rostro se habían acentuado visiblemente.

Las conversaciones de paz no progresaban. En la ciudad de Nueva York se había creado un clima dramático en torno al edificio donde se desarrollaban las conversaciones. Diariamente tenía que intervenir la policía municipal de la ciudad para contener las manifestaciones de dolor, protesta o de cualquier otro tipo que se originaban.

Un día los familiares de los pilotos muertos en la batalla del golfo de Tonkin, venidos de todas las partes del mundo, querían entrar en el salón de reuniones e interrumpir la sesión; entre el histerismo de las mujeres enlutadas y los bruscos movimientos de policías y manifestantes, el sonido de las voces autoritarias a través de los megáfonos y la lluvia, hacían evocar una extraña imagen del día del juicio. Fue la más dramática de las jornadas debido a la particular fuerza emotiva que la actuación de los jóvenes pilotos de la Confederación había tenido. La mayoría de las cabinas de traducción simultánea transmitían palabras entrecortadas con sollozos.

En ausencia de Juan Bravo había sido elegido para presidir las conversaciones el Mariscal Alfredo Makumbi Mancini, Presidente de la Junta de Control de Armas Nucleares. Sus primeras palabras habían sido para comunicar que la tal Junta ya no existía, puesto que había sido destruida por los hechos.

Tras dos semanas de largas conversaciones no se había encontrado ni siquiera la fórmula

para negociar. Los representantes de la Unión Rojo y de la Federación Oeste se habían intercambiado gravísimas acusaciones, cada una de las cuales tenía su consiguiente manifestación callejera de apoyo o repulsa.

En uno de los momentos de mayor tensión en las discusiones de procedimiento, uno de los representantes de la Federación Oeste se levantó del lugar que tenía asignado y, tras hacer a un lado a Alfredo Makumbi, trabó un breve pero ardiente discurso en el que ordenaba poner fin tajante a cuestiones marginales y pasar a considerar sin preámbulos el futuro de sus inversiones en las minas de estaño de Puket. Se armó un gran revuelo. Algunos representantes de la Unión Roja lloraban. El americano fue internado en una clínica pues su estado psíquico así lo requería.

En general, hacía falta mucha calma a todos los niveles. El hecho de que no hubiera vencedores ni vencidos creaba una situación caótica y no se veía claro un camino para resolverla.

* * *

Hidehito hablaba siempre pausadamente y su castellano sonaba suave, con cierto acento antillano.

A los tres días debía estar de vuelta en Nueva York para reincorporarse a las discusiones de paz. Su proyecto era que se delegase en los representantes de la Gran Confederación y de Japón el estudio y discusión del problema y conseguir la renuncia de los representantes

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

de la Unión Roja y la Federación Oeste. Juzgaba que era demasiado elemental la propuesta, pero una de las únicas salidas.

Juan Bravo se limitó a rogar: "Telefonea con el resultado de tu propuesta, por favor, lo antes posible".

Después decidieron que Rómulo Castro acompañara al japonés; como amigo personal y principal colaborador del ex-Presidente debía ser firme apoyo para el plan que Hidehito había de exponer y defender.

* * *

Durante los días que siguieron no hubo ningún progreso en las conversaciones de paz. El "plan Hidehito", con el apoyo de Rómulo Castro, Alfredo Makumbi y los representantes de la Gran Confederación Centro Sur, respaldado así por la autoridad y prestigio del ex-Presidente Juan Bravo, no fue aceptado ni por la Federación ni por la Unión Roja en la votación final, a pesar de que los delegados de la Unión se habían planteado con la mayor seriedad tal propuesta.

Las masas populares encolerizadas habían estado a punto de crear serios problemas en el palacio de reuniones; la policía tuvo que ser reforzada notablemente y en todos los países, más en los de la Gran Confederación, se acusaron revueltas populares virulentas. Dos representantes de la Federación Oeste corrieron riesgo de linchamiento a manos de sus conciudadanos y de las gentes que, trasladadas a Nueva York desde los puntos más alejados de

la tierra, hacían guardia día y noche a las puertas del palacio de reuniones para seguir de cerca el desarrollo de las conversaciones. La prensa atacó con dureza máxima los acontecimientos.

* * *

Juan Bravo recibió la noticia del fracaso del "plan Hidehito" inmediatamente. Aquella noche la pasó en el jardín del monasterio; a la mañana, su rostro más demacrado que nunca, envió a llamar a Katsuyuki Norinaga, viejo amigo, maestro de varias especialidades de lucha con armas japonesas. Toda la mañana conversaron; los bonzos del monasterio observaron la calma del ex-Presidente que constrastaba con la infrecuente excitación del maestro de armas. A media tarde tomaron algún alimento y Juan Bravo anunció que Katsuyuki y él emprenderían viaje a Nueva York aquella misma noche.

* * *

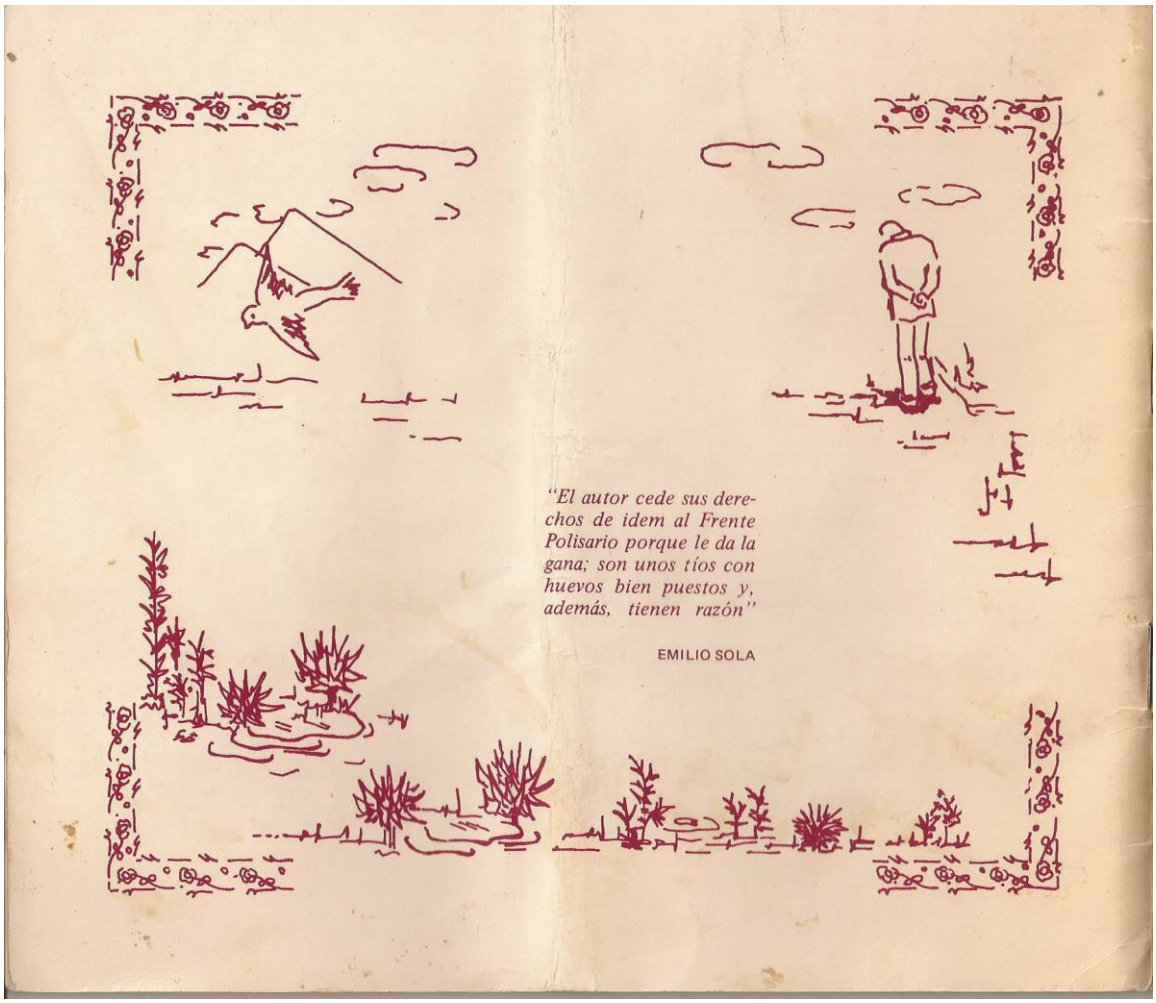
Alfredo Makumbi Mancini convocó la urgente reunión del pleno de los representantes a petición del ex-Presidente de la Gran Confederación Centro Sur. La imprevista intervención de Juan Bravo, tal vez con un nuevo plan, se consideró como decisiva para la continuación de las negociaciones. Nadie faltó a la cita; el salón de conferencias, espléndido, hacía pensar en la jornada de presentación de la

Operación Ulises La expectación en las calles era también máxima. Todas las cadenas de televisión del mundo estaban pendientes de la intervención extraordinaria del día.

* * *

Todos los delegados se pusieron en pie al entrar Juan Bravo en la sala; Katsuyuki Norinaga caminaba tras él, su rostro terso, sin edad, impenetrable, vestido a la antigua usanza japonesa, como para una pieza de teatro no. Juan Bravo avanzó hasta el centro de la sala y allí permaneció inmóvil mientras los representantes se acomodaban. Una vez el silencio fue total, Juan Bravo hizo una leve señal a Katsuyuki, se arrodilló, bajó la cabeza, tensó el cuello, y con rápidos movimientos y un grito terrible que llenó de consternación a los asistentes al acto, el japonés desenvainó la gran catana, y de un sólo golpe cercenó la cabeza del ex-Presidente. En plena paralización general por el horror, Katsuyuki se arrodilló al lado del cuerpo sin cabeza y sin vida de su amigo y se hizo el harakiri. Diez y ocho de los asistentes murieron de ataque cardíaco. La sesión había durado escasamente dos minutos.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6



Contraportada y fin de "Acción, meditaciones y muerte de Juan Bravo".

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6